

CANTO CUARTO.

I.

Saltando breñas y horadando muros
 De impenetrables ramas,
 De enredaderas que, de tronco á tronco,
 Corren y se retuercen y entrelazan;
Mburucuyás que, entre follaje ajeno,
 Abren sus pasionarias,
 Y columpian sus frutos numerosos
 De piel dorada y corazón de grana;
 Rompiendo del *cipó* las duras hebras,
 Y esquivando las blancas
 Ramas del *ñapindá* que con sus dientes
 Muerde los troncos y los pies desgarras;
 Cruzando entre laureles y quebrachos,
 Nangapirés y talas
 Cuyo follaje espeso y verdinegro
 Con el del sauce pálido contrasta;
 Sumergido entre chircas y juncales,
 Matorrales y zarzas,
 Se pierde á veces, y se ve de nuevo
 Reaparecer, huyendo á la distancia,
 Al indio Yamandú. Lleva en los hombros
 A la exánime Blanca
 Cuyos brazos y negra cabellera
 Cuelgan lacios del indio por la espalda.
 Ya rompiendo los muros de verdura
 El salvaje se agacha,
 Ya se abre senda con el duro brazo,
 O entre los troncos derribados salta.

Tal el tigre que va á su madriguera,
 En la maleza arrastra,
 Llevada entre sus fauces sanguinosas,
 La res herida que cayó en sus garras.

II.

Silencioso está el bosque, el bosque obscuro
 De ceibos y de talas,
 El bosque de las sombras, en que anidan
 Las noches más oscuras y más largas,
 Que convierten en moscas ó en reptiles
 A los indios que pasan,
 Y las alas de piel de los murciélagos
 Empapan en la sangre de la iguana.
 Es el bosque de Añang; las tribus huyen
 De sus siniestras ramas;
 Tan sólo los *payés* en él aprenden
 De *Añan-guazú* los cantos y palabras.
 Nacen en él los seres invisibles
 Que á los indios disparan
 Las flechitas de piedra que penetran
 Y enfrían para siempre las entrañas;
 Los indios que en la tierra no se mueven
 Entre sus sombras andan
 Dando alaridos y encendiendo fuegos,
 Y golpeando los troncos con sus hachas;
 Y se les ve subirse á las tormentas
 Que por el aire arrastran,
 Y, entre una y otra ráfaga de viento,
 Se oyen sus voces tristes y apagadas.

Por eso nunca se llegó la tribu
 Al bosque de los talas;
 Sobre él no tiene luz el *astro grande*,
 Las lunas, al tocarlo, se desmayan.

Es un bosque sin cantos y sin nidos;
 Sus ceibos y sus talas
 Ostentan la vejez, que es en el árbol
 La plena juventud, la más lozana.

En torno de los troncos, la maleza
 Crece tupida y alta,
 Y enredaderas duras y sin nombre
 En todas direcciones se enmarañan,

Y cuelgan de la bóveda hasta el suelo,
 Y entre el musgo se arrastran
 Y envuelven en sus hojas verdinegras
 Los troncos secos que en el suelo abrazan;

Los troncos derrumbados por el rayo
 Que no mató las plantas
 Que al árbol vivo estaban adheridas
 Y su negro cadáver acompañan.

III.

Caídos los cabellos
 Como el ala del ave fatigada;
 Insensible, sin fuerzas ni conciencia,
 Sin miradas los ojos y sin lágrimas;

Mal cubiertas las formas,
 Formas de líneas tímidas y vagas,
 Pues los años, artistas de la vida,
 Su obra tienen apenas modelada,

Hundida entre la yerba,
 Como una garza herida, yace Blanca.
 Su cabeza se mueve sobre el pecho
 Cual colgada del cuello; frías, lacias,

Sus manos han caído
 Sobre el blando regazo en que desmayan.
 Casi ríe su labio; es esa tregua
 Que el colmo del dolor presta á las almas.

.....

Los ceibos se han echado
 Sobre la espalda el manto de escarlata;
 En idioma extranjero están las hojas
 Conversando entre sí y en voz muy baja.

IV.

Un hondo grito de terror y angustia
 Blanca por fin exhala,
 Un grito que la selva ha estremecido
 Y penetró temblando en sus entrañas.

Al tornar á la vida, recobrando
 Una conciencia vaga;
 Al volver á sentir que en sus pupilas
 Las confusas miradas despertaban,

Las derramó en su torno; vió á su lado,
 Entre la luz escasa,
 Los viejos troncos, la maleza, el bosque,
 Y por fin, en la sombra, á sus espaldas,

Con las negras pupilas luminosas
 En lascivia empapadas,
 Vió el rostro abigarrado del salvaje
 Que de su presa el despertar aguarda.

Una estúpida risa lo contrae
 Con una mueca bárbara:
 La cabellera rígida y obscura
 Sobre el pintado rostro se derrama;

El cuerpo tiembla, y el jadeante aliento,
 Al rozar la garganta,
 Forma un sonido intermitente y áspero
 Que se acelera y al rugido alcanza.

El salvaje se ríe; de aquel bosque
 Sólo él sabe la entrada;
 Él es *payé*; de *añan-guazú* no teme
 Los fuegos ni los pálidos fantasmas.

V.

El grito de la virgen se ha extinguido.
 Su cabeza, ocultada
 En los brazos que oprimen las rodillas,
 Todas las líneas de su cuerpo, pálidas,

Forman un nudo estrecho y tembloroso
 Que se ve entre la grama
 Al través del cabello que lo envuelve
 Como el ramaje al ave amedrentada;

Nudo ajustado apenas, que la mano
 De un niño desatara;
 Que defender no puede en aquel bosque
 El tesoro que guarda.

Siente la virgen tras de sí el romperse
 De sacudidas ramas,
 Y oprime más sus trémulas rodillas,
 Y así un gemido imperceptible lanza.

¿Qué pasa allí? La niña sólo siente
 Dos rugidos que estallan,
 Dos cuerpos que á su lado se desploman,
 Y un grito sofocado á sus espaldas.

Después, por un instante, sólo escucha
 Las hojas que se hablan en voz baja...
 Alguien también respira junto á ella...
 ¿Quién es? Nadie la ofende, todo calla.

No se atreve á mirar eso ignorado
 Que siente allí, muy cerca, como zarpa
 Ya dispuesta á caer; sus pensamientos
 Comienzan á voltear en ronda vaga;

Sin rumbo se atropellan sus ideas,
 El silencio la atruena; en su mirada
 Las sombras se condensan; los rumores
 Se alejan en tropel y, á la distancia,

Parecen remedar voces confusas,
 Indefinibles gritos ó palabras;
 Le falta tierra, y aire, y se desploma,
 Y el nudo de sus brazos se desata.

Ha creído escuchar, al desplomarse,
 Algo como un lamento á sus espaldas,
 Y haber visto una sombra conocida
 Llegarse hasta su lado sin tocarla.

VI.

El indio Yamandú yace en el suelo.
 En los ojos y el alma
 Tiene la noche; su salvaje risa
 Está en sus labios para siempre helada.

¿Quién es ese indio pálido y convulso
 Que entre la yerba se alza
 Después que entre sus dedos ha estrujado
 De Yamandú el cacique la garganta?

¿Quién escuchó en el fondo de la selva
 Temida de los talas
 El grito de la virgen española
 Indefensa y esclava?

¿Quién si no él? De pie, junto á la niña
 Que inmóvil ve á sus plantas,
 Como si el soplo de un ensueño frío
 Por sus hinchadas venas circulara,

El indio Tabaré mira el cadáver
 De Yamandú, y á Blanca
 Que, cual visión dormida en la maleza,
 Se presenta á sus ojos yerta y pálida.

Es él, es Tabaré, que hasta aquel bosque
 Llevado fué por una fuerza extraña,
 Y al despertar de su sopor, en brazos
 De la cruz de la selva solitaria,

Sintió muy cerca, entre el rumor confuso
 De ramas agitadas,
 El grito que la virgen española
 Al distinguir á Yamandú lanzaba.

Saltó como mordido por el aire;
 Saltó, y en la garganta
 Del indio Yamandú clavó sus manos
 Que sacudió con fuerza extraordinaria,

Hasta sentir la muerte entre sus dedos
 Crispados por la rabia.

Dejó el cuerpo del indio estrangulado,
 Se alzó y miró... la virgen allí estaba.

VII.

É inmóvil, tembloroso,
 El indio mira á Blanca,
 Cual si la muerte, asida á sus cabellos,
 Su oído con sus gritos desgarrara;

Y sigue el ruido sordo de las hojas
 Que en voz baja se hablan
 En ese idioma dulce y extranjero
 En que hablan los crepúsculos al alma;

Y sobre el lecho de hojas y de espinas,
 La niña desmayada se destaca,
 Iluminada por el rayo triste
 De la primera luz de la mañana.

VIII.

Tabaré cargó en hombros el cadáver,
 Miró de nuevo á Blanca,
 Y alejóse en silencio
 Cual si temiera acaso despertarla.

Y seguía, seguía presuroso,
 Con el muerto á la espalda,
 Volviendo la cabeza
 Entre mortales pavorosas ansias.

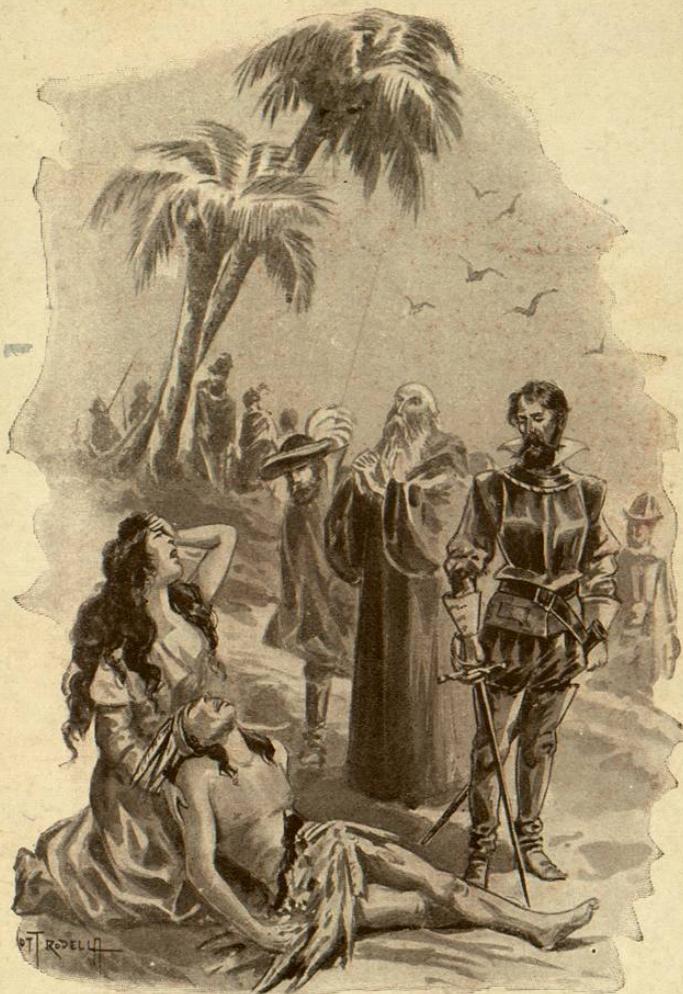
Se detiene por fin; tira el cadáver,
 Lo esconde entre las zarzas,
 Y sigue huyendo, huyendo
 Del sitio en que la niña se encontraba.

IX.

Como el lebrél tras el perdido rastro
 Ciego y sin rumbo vaga,
 Y, de pronto lo encuentra por el aire,
 Y vuelve atrás jadeando entre las matas,
 El indio Tabaré cambia de rumbo;
 Su camino desanda,
 Y corre, corre ansioso y convulsivo
 Entre las breñas que sus pies desgarran.
 Tal cruza el matorral la hembra del tigre,
 Y entre las ramas salta
 Dando cortos bramidos, cuando escucha
 A su cachorro herido á la distancia.

X.

Sólo el indio lo hubiera percibido.
 Ha sonado á su espalda
 Un vagido á los lejos, á lo lejos,
 En el bosque de ceibos y de talas.
 Se parece al quejido del venado
 Cuando á su madre llama
 Escondido en los verdes matorrales
 Al percibir el vuelo de las águilas.
 Es el débil gemido que la niña
 Al verse sola lanza.
 Tabaré llega, y jadeante y mudo
 Se detiene á su lado sin mirarla.
 Un pánico de muerte se apodera
 De su sér; siente á Blanca
 Moverse entre las breñas, como el cisne
 Que se revuelca herido en la hojarasca,



El indio oyó su nombre,
 Al derrumbarse en el instante eterno.
 Blanca desde la tierra lo llamaba,
 Lo llamaba por fin, pero de lejos.

Y alguien diría que algo pavoroso
Al salvaje anonada.
Un soplo helado por sus venas corre
Y en sus pupilas la visión apaga.

Parece que la mano de la muerte
A su rostro se agarra,
Y la ardorosa piel de su cabeza
Con lento esfuerzo de su cráneo arranca.

Tabaré tiembla: siente que á su lado
La española se arrastra;
Percibe en las rodillas el contacto
De sus manos heladas,

El roce de su aliento,
La humedad de sus lágrimas,
Y oye, por fin, su voz, su voz no hay duda,
Que allí como un ensueño se levanta.

Parece que al acento de la niña,
Todo ruido se apaga
En el alma del indio; el mundo todo
Sólo una voz para el salvaje exhala.

Jamás la fiera dominó á su presa,
Como la virgen pálida
Al hijo del desierto que, temblando,
Sobrecogido escucha sus palabras.

XI.

— ¡Eres tú, Tabaré! ¿Por qué me hieres?
¿Por qué así me maltratas?
Yo nunca te hice mal; yo no quería
Que tú de nuestro hogar te separaras.

¿Qué me quieres, charrúa? ¿En mí vengarte
 Querrás de las ofensas de mi raza?
 No me hagas mal, perdóname,
 Yo no te odié jamás... ¿Por qué me odiabas?

Perdóname, por Dios; por la memoria
 De aquella madre blanca
 Que está en el cielo, y desde allí te mira,
 Y en el mundo tus pasos acompaña.

Si no han muerto, me lloran mis hermanos;
 ¡Oh! llévame á su lado, que me llaman.
 Enséñame el camino:
 Yo sola iré, las fuerzas no me faltan.

Aunque ves que desnudas y con sangre
 Se resisten mis plantas
 A sostener mi cuerpo, no lo creas,
 Aún puedo caminar una jornada.

Dime solo, por Dios, cuál es la senda
 Que conduce á la playa...
 ¿No me contestas? Tabaré: ¿Qué tienes?
 ¿Qué haces ahí? ¿No me oyes? ¿Me amenazas?

¡Ah! me infundes terror ¿Por qué así tiemblos?
 ¿Te ofenden mis palabras?
 Yo me iré sola si piadoso y bueno
 La senda de mi hogar tú me señalas.

¿O han muerto todos? Dímelo, ¿qué hiciste?
 ¿Mataste á mi Gonzalo en la batalla?
 ¡Sola, sola en el mundo
 Yo tengo que morir abandonada!

Déjame entonces, Tabaré, que rece
 La oración de la noche, pronto acaba;
 Y moriré en silencio
 Si tengo que morir, si no te apiadas.

XII.

El indio que, abrazado á un viejo tronco,
 A la niña escuchaba,
 Lanza un gemido prolongado, amargo
 Como un llanto sin lágrimas.

Todas á una, al reventar, sollozan
 Las fibras de su alma;
 Blanca atribuye á rabia aquel sollozo
 Y un nuevo grito de terror exhala.

Al cielo la oración de la inocencia
 Temblorosa levanta,
 Con las manos unidas, y los ojos
 Llenos de luz, de sombras y de lágrimas.

Cual si quisiera aprovechar los breves
 Instantes que le faltan,
 Ahoga los sollozos, y de entre ellos
 Brota en tropel la fórmula sagrada;

Las fórmulas que el indio en los albores
 Escuchó de su infancia
 De una mujer tan blanca como aquella,
 Que sus primeros sueños arrullaba.

¡Morir tú! grita el indio... Por el bosque
 El *sueño negro* pasa;
 Ha brotado en la sombra, y va cruzando,
 Y al ñapindá sacude con las alas.

Ha golpeado la frente del charrúa
 Con sus manos heladas...
 ¿Dónde está? ¿Quién, en medio de la selva,
 Con esa voz de mis ensueños anda?

¡Morir! ¡La virgen del ensueño dulce!
 ¿Quién llegará á tocarla?
 El indio entre sus brazos ahogaría
 Al negro yacaré de las barrancas;
 Arrancará á los fuegos de la nubes
 Sus encendidas alas,
 Y mojará con sangre de su cuerpo
 El astro de las lomas solitarias!

.....
 ¡Tú morir! Cuando el indio con sus manos
 Vuelque todas las aguas
 Del *Hum* y el *Uruguay*, y allí derrame
 Toda la sangre de su obscura raza;
 Cuando en sus dientes Tabaré el charrúa
 Destroce las escamas
 Del yacaré, y al tigre con los dedos
 Arranque palpitantes las entrañas,
 Aun entonces la virgen de los sueños
 Se moverá gallarda:
 Todas las flores se abrirán para ella,
 Y cantarán por ella las calandrias.
 ¿Quién con la voz del sueño de mis noches,
 Entre las breñas anda?
 ¿Quién vierte en las arterias del charrúa
 El fuego que calienta las venganzas?

XIII.

Blanca mira al salvaje que persigue
 Invisibles fantasmas.
 Mucho más de una vida se refleja
 En su pupila azul iluminada.

La extrema palidez que por sus miembros
 Convulsos se derrama
 Hace de él una sombra transparente
 Forma sin cuerpo, evocación fantástica.

XIV.

En la mente del indio se disipan
 Las visiones, y clava
 Con dulce intensidad en la española
 Sus pupilas ardientes y cansadas.
 Sus ojos en los ojos de la niña
 Largo rato descansan;
 Una gota de llanto brota en ellos
 Y brilla tristemente en sus pestañas,
 Y su voz se transforma, y suena dulce
 Como suenan las auras
 En los bosques del *Hum*, cuando las sombras
 Que durmieron en él se desparraman.
 ¿Por qué la virgen hiere con los labios
 Al indio Tabaré,
 Que ha contado las horas de sus noches
 Todas negras correr?
 ¡No eres el sueño! ¿Sientes en las venas
 La vida como yo?
 ¡Ah! ¿No eres sombra de la noche oscura
 Que vive en mi dolor?
 Ven, el charrúa posará sus labios
 Donde poses el pie;
 Vamos con tus hermanos. A las sombras
 Yo volveré después.

No se abrirá dos veces con la aurora
 La flor del *guabiyú*;
 No mojarán dos lunas en el río
 Su temblorosa luz.

Y ya el charrúa el sueño que no acaba
 Comenzará á dormir,
 Pues siente ya en sus huesos mucho frío...
 ¡El frío de morir!

¿Oyes el canto? Ya anda entre las ramas
 Con su canto el *urú*:
 El pájaro que anuncia las auroras
 Y llora por la luz.

¿No lo sientes? Es triste como el indio,
 Dulce como el *sabid*...
 No hieras, virgen, al salvaje enfermo
 Que la noche sin lunas va á cruzar!

La noche sin auroras y sin cantos,
 Donde corren sin fin
 Las almas perseguidas, que aspiraron
 La flor del *curupí*.

Sólo una vida tiene, una tan sólo
 El indio para tí;
 Tú no dirás su nombre dulcemente.
 Él volverá á morir,

Allá en el bosque donde el astro hermoso
 Nunca se ve asomar,
 Donde vuelan los pájaros oscuros
 Que no duermen jamás;

Donde duerme la madre del charrúa
 Tan blanca como tú;
 Donde los fuegos de su hogar primero
 Brillaron con su luz.

Nadie dirá con llanto de ternura:
 ¡Ha muerto Tabaré!
 Nadie verá los huesos con tristeza,
 De mi *cuerpo que fué*;

Mas la ligera madre del venado
 Herido en el chircal,
 Sobre los huesos del cacique muerto
 Por el venado herido balará.

Vamos con tus hermanos. A su selva
 El indio volverá.
 Su raza ha muerto; se apagaron todos
 Los fuegos de su hogar.

Ya siento el sueño negro que no acaba
 En mis huesos correr;
 Vamos hasta el hogar de tus hermanos;
 Allí te dejaré.

Tú quedarás como te vió en los sueños
 El indio Tabaré
 Que va á cruzar entre los negros toldos
 Para nunca volver:

Pura como las aguas transparentes
 Que duermen en el *Hum*
 Cuando en los aires enmudece el viento
 Del *Paraná-guazú*.

Vamos con tus hermanos; no me hieras,
 El indio no te odió;
 Tú lo has seguido siempre, derramando
 En sus venas dolor;

Tú te has llevado el sueño de sus noches
 Y el fuego de su hogar,
 Las alas de sus flechas, y la fuerza
 De su arco de *urunday*.

Vamos con tus hermanos. A su bosque
El indio volverá
A morir con su raza y con los fuegos
De su salvaje hogar!

La voz del indio suena dulcemente,
Como suenan las auras
En los bosques del *Hum*, cuando las sombras
Que durmieron en él se desparraman.

Blanca lo escucha como se oye el eco
De canción olvidada,
Que en ráfagas acude á la memoria
Sin que la voz consiga formularla.

Pende en los labios de la absorta niña
La tímida palabra
De la trunca oración, y mira y sigue
Al indio con atónita mirada.

En sus ojos azules ha creído
Ver algo que esperaba,
Algo como la estrella de las tardes
Que en las riberas alumbró sus lágrimas;

Punto de luz en que miraba acaso
Aquella madre blanca
Que se acostó á morir bajo los ceibos
Y en el dolor de su hijo despertaba.

La niña vió la luz en el abismo;
Y alguien que habló en su alma:
" Esa es, le dijo, tu soñada lumbre,
Pero ese abismo sólo Dios lo salva ".

Todo lo comprendió, y amó al salvaje
Como las tumbas aman;
Como se aman dos fuegos de un sepulcro
Al confundirse en una sola llama;

Como de dos deseos imposibles
Se aman las esperanzas,
Cual se ama, desde el borde del abismo,
Al vértigo que vive en sus entrañas.

CANTO QUINTO.

I.

¿Quién es ese indio pálido que cruza
Las lomas solitarias,
Y atraviesa el chircal y los bañados,
Y una virgen conduce en sus espaldas?
Camina vacilante como un ebrio;
En convulsiones rápidas
Se sacuden sus miembros, y en sus brazos
Oscila á veces la preciosa carga.
Es el indio imposible, el extranjero,
El salvaje con lágrimas,
La última gota de una sangre fría
Que aún no ha bebido la sedienta pampa.

II.

El sol ha recorrido
La mitad de su marcha,
Y los viajeros sin cesar caminan
Al través de las lomas solitarias.

Oyen por todas partes
La metálica voz de la chicharra,
Y al *mamangá* que zumba dando vueltas,
Y al *camoatl* que hierve entre las ramas;